

GUAYACAN

*El guayacán
de copa
ahusada
vencido
de racimos de flores
amarillas
qué llamarada*

José Manuel Arango (pág. 20)

HAI-KAI

*quédate así, quieta un instante:
para no espantar
la poesía que llevas
como un nimbo de pájaros*

Eduardo Carranza (pág. 63)

Poemas cortos de poetas mayores colombianos nos enseña una lírica colombiana erguida, limpia y profunda, ajena a todo énfasis, donde el mayor acierto está en su eficacia con el lenguaje, donde se encuentran los resultados de una búsqueda ante todo expresiva, cargada de rigor y voluntad crítica.

JORGE HERNANDO CADAVID

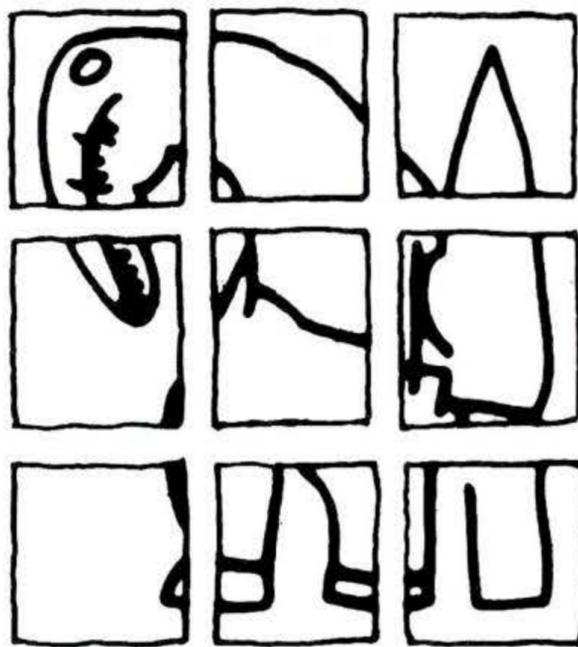
Un temblor en el vacío

Cuaderno de mapas

Fabián Rendón y Juan Manuel Roca
Beca Colcultura, Santafé de Bogotá, 1994, 68 págs.

Perfecto en sus imágenes, en la pulcritud expresiva de su disposición estética, siempre descomplicada, este *Cuaderno de mapas*, del poeta Juan Manuel Roca, prosigue un estilo —enverado ya en sus anteriores escritos (evoco aquí apenas sus similares: *Mester de caballería*, con grabados de Augusto Rendón; *Cartas desde el sueño*, con dibujos de Darío Villegas; *Tríptico de Comala*, con grabados de Antonio Samudio; y *Del lunario circense*, con linóleos de Fabian Rendón)—... prosigue un estilo que apunta hacia un redescubrimiento de la memoria. Una predisposición casi inscrita en la siguiente sentencia de José Manuel Caballero Bonald: “La poesía es una especie de ocupación violenta de la me-

moria”..., e intenta recuperar sus adormecidos poderes bajo una fundamental comunión entre la experiencia real y la experiencia inventada; entre la presencia verosímil de lo natural y la alucinación fantástica propia de los cuentos de hadas. En efecto, la imaginaria de su lenguaje (la de sus voces) no está enraizada sino en dos tiempos: el ficticio —cargado de imágenes tocadas de mitos de leyenda o de sueño— y el real, donde, echando mano de la ironía y evidenciando una visión pesimista que tampoco busca cambiar el mundo, delata lo absurdo del hombre y las “geografías abstractas” en las que se moviliza. Geografías que, en los cuatro puntos cardinales de estos mapas, no encierran parajes distintos de los de nuestro aciago territorio. Este país (Colombia) lejano y próximo, al que el autor, y finalmente también el lector, se asoma como en la desvencijada ventana de un viejo caserón olvidado, para averiguar, a veces con deseo, a veces con desasosiego, que se esconde o acontece en el enigmático escenario de su oscuridad.



La consolidación de un tono propio en Juan Manuel Roca, sin duda derivado de un lenguaje que cuenta con una capacidad de invención verbal fabulosa (¿de fábula?) sin pretender proporcionar nuevos códigos o nuevas convenciones, muestra que la poesía latinoamericana de hoy asiste a una tradición literaria que continuamente se funda. Un ejercicio, en Roca, suspendido con entero privilegio en las estrictas vigas del poema. En el poema como único artificio o baqueta para hacer oír el codiciado golpe de tambor de la poesía. Sus excepcionales facultades, en este sentido, le permiten benefi-

ciarse de un espacio en el que reinan las siempre inasibles palabras. Y no es otro recurso el que abre, tal una mano mágica, los pliegues de un atlas holgado sobre el que, en detalle, pueden leerse los trazados de sus obsesiones. Sus asedios, magistralmente centrados en una coordenada intermedia entre la ironía y la melancolía, entre el horror y la belleza.

De las variadas “indicaciones” que figuran en estos mapas, cito aquí algunos dobles que sobresalen de los cantos del libro,

*el sueño
“blanca lechuza que sale de
viaje”*

*los ladrones
“con luna en las navajas”*

*el olvido
“parajes que la memoria no
visita”*

*el país, Colombia
“cuyos predios siempre son
ajenos”*

*las leyendas
“que corren como el negro
corcel de un bandolero”*

*la lluvia
“de finos pies descalzos”*

*la mujer
en cuya voz “se desliza un bote
cargado de astillas de canela”*

*los músicos
“que palmotean el aire”*

*el colibrí
“un temblor en el vacío”*

*la noche
“que deshace en sus horas lo
que construimos en el día”*

*el patio
“que algunos niños suponen el
límite del mundo”*

*el barrio
“donde se planeaban amores y
atracos”*

*y el silencio
“creciendo”*

Legible-visible, pues está dignamente ilustrado por el grabador Fabián Rendón, el *Cuaderno de mapas* es igualmente un valioso objeto de arte en el que el ojo plástico es también un ojo mental, donde los elementos tangibles de la realidad aparecen casi sobrepuestos, sintetizados unos, deformados otros, en una abstracción dinámica claramente enfilada en un propósito de la plástica contemporánea que persigue, más que la realidad de la visión, una realidad de la concepción. En efecto, de la fisicidad de la cosa (imagen), Rendón excluye sus rasgos denotativos, haciendo así del fondo, de la superficie, el elemento de sus figuraciones. Una habilidad retórica, pareja a la de Juan Manuel Roca, que va de lo sensible a lo abstracto, como parafraseando quizás a Cocteau: "Los racimos de uva pintados ya no atraen a los pájaros. Sólo la mente reconoce la mente".

GUILLERMO LINERO

Mirando los huequicos de las aceras

Anabel Torres

Medias nonas

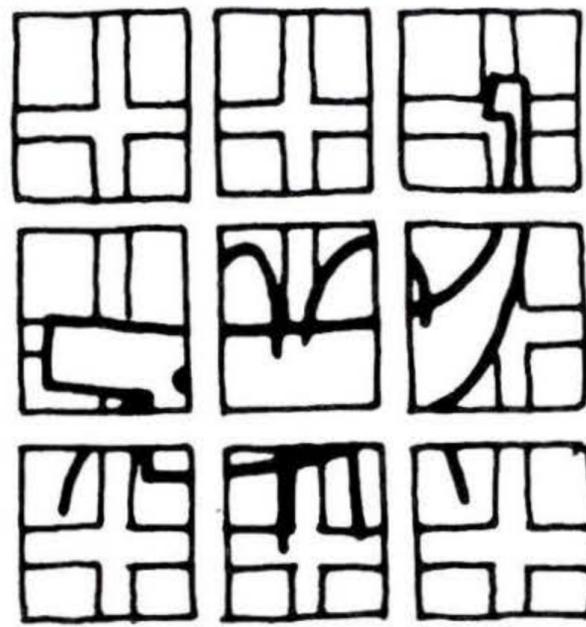
Universidad de Antioquia, Medellín, 1993, 242 págs.

En el primer libro de Anabel Torres (Boqotá, 1948) titulado *Casi poesía* (Editorial, Universidad de Antioquia, 1975), se lee un poema (pág. 57) que dice: "Si quieres conocer un poema/ camina por el parque después de la lluvia mirando los/ huequitos de la acera, llenos de agua que brilla,/ mira el atrio de la iglesia ensartado de rodillas,/ el vendedor de flores, en cuclillas, taciturno, vendiendo/ pedazos de su parcela,/ contempla la cebolla dorada sobre los costales,/ huele la manzanilla, el aire de las seis de la mañana,/ escucha la música de Mozart y la música toda,/ toca la tierra floja,/ siente el agujero diminuto/ de lluvia sobre tu rostro,/ detente a mirar los tenis que venden en las vitrinas,/ recorre los pasillos de las clínicas donde todos se miran/ entre sí/ con ojos muertos".

Lo cito completo porque me ronda el convencimiento de que este poema, de un

libro que ofrece muy pocos atractivos en materia de buena poesía, prefigura lo que va a ser la poesía decantada y bella del último libro de esta autora: *Medias nonas* (Editorial Universidad de Antioquia, 1993).

El caso que traigo es, además, uno de aquellos pocos donde queda justificada la publicación de un libro malo ahora, de un buen poeta después. Quizá ese primer libro, siendo su autor aún muy joven, es un compromiso con el tiempo. Y hay quienes, como Anabel Torres, cumplen con la cita.



En aquel bello poema hay las huellas de una poética de lo elemental, un interés en señalar las cosas por su nombre y lograr con ello, de paso, nombrar la poesía. Después la autora de *Casi poesía*, ganó el segundo puesto en el Premio Nacional de Poesía Universidad de Universidad de Antioquia, en 1980, con el libro *La mujer del esquimal*. Iba creciendo una voz. Iba despojándose de las hojarascas de la retórica que enumera demasiado y dice poco. Asume en este libro un tono más personal, las palabras se van soltando a caminar solas y van configurando un corpus coherente. Un libro parejo, de pocos descensos. Cierta desenfado y crudeza colocan su escritura en un lugar distinto del que comúnmente ocupa la poesía escrita por mujeres en nuestro país. Aunque con esto toco un aspecto muy discutido y quizá inútil, creo que dicha poesía está casi siempre marcada por una infatigable fila de lugares comunes, como la nostalgia (aquella que sólo gimotea sobre lo que pudo haber sido y no fue), una superficial y tímida eroticidad, derrotas anticipadas que palpan las fron-

teras de una visión existencialista pero desvitalizada, etc. Una escritura que no podría decirse que proviene de la levedad, sino de la fragilidad (literaria).

Hay en los poemas de *Medias nonas* una permanente alusión a los lugares que la rodean, porque de allí bebe las aguas fundamentales de sus temas. Pero estas alusiones son reflexiones que tienen que ver más con las observaciones del poeta que con las anotaciones de un varado: "En un país/ de menos sol/ donde vivo hace cuatro años/ una noche/ reciente/ en un andén/ iluminado con neón/ yo conocí/ sombras de nieve" (Sombras de nieve, *Medias nonas*, pág. 109). Todo el relato del poema nos conduce a la última línea, imagen simple y clara de una visión que parecía imposible. En esa levedad hay una gran carga de poesía.

Todo este libro está bañado por una tenue luz amorosa que no se diluye, sin embargo, en la ramplonería de tratar de definir ese sentimiento o de colocarlo como escudo de nada. Se ve, simplemente, un espíritu nervioso, tocado por una gran sensibilidad y trocado, a su vez, en el escueto lenguaje de mundos cotidianos, en ciertas ceremonias de las pequeñas cosas, de la fría realidad: "Sueño poemas/ y despierto con su olor mudo en los dedos./ Sola reina sin súbditos/ mi capa de armiño empequeñece,/ en el armario/ y en el desierto/ de las palabras/ mi útero/ me ha declarado la guerra./ Estoy sitiada./ Yo, reina inútil, he comenzado a morir/ y no me engaño" (Reina inútil, pág. 223).

No hay falacia en esta poesía, no hay artificios. En ciertos poemas que hablan feo, uno siente que hay mucha poesía. Rupturas, conscientes o no, más parecidas a la existencia, a sus peñascos y caídas.

Anabel Torres había escrito, en *La mujer del esquimal*, un bellissimo poema con un tema "intrascendente": "Si tan sólo ocurriera un milagro/ pequeño,/ si la cocinera se deslizara fuera de su horrible traje/ como una gotera/ cansada/ escapada de un grifo,/ y en el andén/ a medianoche/ la esperara un taxi" (Un milagro pequeño, *Medias nonas*, pág. 37).

El tema es salvado por un sentimiento sin lágrimas y por un agudo y corrosivo humor, otro surtidor innegable en estos poemas. La risa como ese gesto a veces casi imperceptible que tiene la poesía y que desnuda con precisión a la fútil solemnidad, a la sorda tonada de la rutina. Ese gesto que es, en el decir de Bataille: